

París era un sueño - Carillón

Sentí miedo cuando el silbido de las balas hizo añicos la paz de la campiña entre el tronar de mil cañones dispuestos a entonar su canción de sangre y muerte. ¿A qué temía? ¿A morir? ¿A caer y agonizar por horas en tierra hostil y extranjera? ¿A no retornar a mi pueblo, pisar sus calles con mis botas gastadas y oír sus campanas tañer en las horas y fiestas?

Dí la bienvenida al miedo como a un viejo amigo. Había olvidado esa sensación hacía ya algunos años, más o menos al tiempo que dejé de tener algo que perder, cuando me convertí en un huído más de cuantos aún se reparten por todo el orbe. El pavor había sido prohibido, desterrado de mi corazón y sustituido por la pena, la nostalgia, la melancolía y la desesperanza. Después, con el estallido de la guerra en Europa, llegó la hora de volver a la lucha armada. Sin embargo rehusó esta vez el temor hacerme compañía en las largas jornadas en los frentes de batalla. Puede sonar irónico, pero mi único temor era convertirme en un ser apático, insensible al dolor y a las emociones humanas; en un espectro al fin y al cabo.

Durante aquellos inusitados momentos de duda previos al combate me acordé de los del 25 de marzo: de mi padre y los demás yunteros, armados con sus hoces, arados y esperanzas, soñando con ilusión un mundo mejor para ellos y sus familias; de mi hermano y cuantos los acompañaron aquella mañana en su misión y de cuantos esperábamos ansiosos su feliz regreso al calor del hogar; de la sonrisa de mi madre, nacida directamente de lo más profundo de su corazón, y que pudo reconfortarme como cuando era un niño aún habiendo dejado de serlo muchos años atrás. Aquella mañana, mirando cara a cara a la muerte como a una vieja amiga que había olvidado seis años atrás en una orilla del río Ebro, sentí cómo algo del valor de mi gente aquel amanecer de marzo me era transmitido para poder acometer mi propia gesta sin titubear.

Volví a acordarme nuevamente del pueblo, una de las pocas evocaciones que aún hoy son capaces de quebrar mi ánimo y hacerme llorar como cuando era un niño de pecho. Definitivamente cuanto más temía era no volver a pisar mi tierra, a contemplar las dehesas desde lo alto del canchal y a respirar con libertad el aire de un lugar del que un día muy lejano ambicioné escapar en busca de un futuro, pero de donde con el tiempo y la distancia he sabido que jamás me quise separar, sino que fueron otras circunstancias las que me forzaron a hacerlo: la miseria y la guerra, siempre la guerra.

Y entonces, al mirar al horizonte, ví los campos de un país que, sin ser el nuestro, suplicaba nuestra ayuda, nos necesitaba. En mi cabeza no había blindados, no había armas, explosiones ni miedo a morir; los llanos eran verdes y el sol resplandeciente de agosto nos acompañaba en nuestra titánica tarea. El “Guadalajara” aguardaba, no iba a hacerlo mucho más tiempo, menos aún para permitirme a mí un instante de recreo en mis memorias del pasado. Quedaba trabajo por hacer allí, ese que no pudimos acabar en el pasado. En algún lugar, no muy lejos de allí, París aguardaba alegre nuestra llegada.

París era un sueño. París es una palabra de esas que están cargadas con un aura especial, aquellas que, como sucede con libertad, llenan la boca al decirlas suavemente por todo el significado subyacente bajo sus letras. Para los franceses era el principio del fin de la pesadilla; para nosotros era el inicio de un futuro vibrante y brillante: desde París marcharíamos para derrotar definitivamente al nazismo y borrarlo de la faz de la tierra. Todos anhelábamos ese día, pues estaríamos mucho más cerca de volver a España y liberar también a nuestros parientes del yugo opresor.

Con estos deseos guardados en los bolsillos de nuestros uniformes, a la derecha del corazón, subimos a los tanques y blindados para iniciar nuestra marcha. Hoy por Francia, mañana por España, creíamos convencidos de que un día esas familias a las que rescatamos del yugo del facismo nos ayudarían a nosotros a salvar a las nuestras. De esta forma, un paso hacia París era un paso hacia mi hogar; un paso más para volver a encontrarme con mi familia, estrechar sus brazos no como el chico que partió al frente para no volver, sino como un hombre victorioso en lugares cuyos nombres nos suenan a magia y cuento. Un paso hacia París era un paso hacia mi Extremadura, donde aún hoy, tanto tiempo después, anhelo arribar.